

## CARLOS GAGINI Y EL DISCURSO AUTOBIOGRÁFICO

CARLOS FRANCISCO MONGE

A sus 55 años, en 1920, Carlos Gagini había dejado el manuscrito de unas páginas que tituló *Al través de mi vida*. Quedó entre los papeles de su escritorio, hasta que cuarenta años después una alumna suya, Lilia Ramos, lo recuperó para su edición como el primer título del catálogo de la Editorial Costa Rica: un tomo de casi doscientas páginas con que la nueva casa editorial se ponía en marcha. Se estaba a principios de 1961. El título sería el primero de una serie denominada «Biblioteca de autores costarricenses». Ramos presidía entonces el consejo directivo, además de encargarse de las tareas gerenciales. Vio en la publicación de aquellas páginas la oportunidad de rendirle homenaje a quien había sido su mentor como pedagogo, como guía de su generación y como escritor. Redactó un breve prólogo, incluyó varias fotografías y algunos útiles datos bibliográficos. Hoy día es casi inencontrable algún ejemplar de aquella tardía edición<sup>1</sup>.

Hacia el segundo decenio del siglo XX Gagini gozaba de reconocimiento y prestigio; su amplia labor pedagógica, los cargos desempeñados, sus estudios sobre el español de Costa Rica —incluidos dos notables diccionarios lexicográficos— y su trayectoria como escritor de artículos, cuentos y novelas respaldaron con creces su notoriedad entre la élite intelectual de esos años. Frecuentaba, con su presencia y con su pluma, los ateneos y las revistas; forjó amistades, afrontó rivalidades y desencuentros, pero en cualquiera de aquellos extremos su nombre fue siempre un «peso pesado» en el ambiente de la cultura letrada. Eran, además, los años cuando se estaban madurando las condiciones para la creación de la Academia Costarricense de la Lengua, cuyo grupo fundador integró en primera fila.

A Gagini se lo ha leído según la variedad de sus páginas y, principalmente, la diversidad de sus discursos. Preparó manuales de gramática, ejercicios escolares de vocabulario, colecciones de lectura, un pequeño tratado de psicología, otro de etnografía sobre los aborígenes de Costa Rica, varios proyectos y planes de educación, informes, ensayos sobre la ciencia moderna, dos grandes diccionarios sobre el español de Costa Rica, media docena de piezas teatrales, dos tomos de cuentos y cuatro novelas. Fue, entonces,

---

<sup>1</sup> Carlos Gagini, *Al través de mi vida*. Pról. Lilia Ramos (San José: Editorial Costa Rica, 1961). Hay varias reediciones de esta obra, hechas por la misma casa editorial: en 1976, en 2008 y una en prensa, prevista para 2025, con ocasión del centenario del fallecimiento del escritor. También está disponible desde 2012 en la red una edición digital, de la Imprenta Nacional.

pedagogo, etnolingüista, lexicógrafo, dramaturgo, cuentista/novelistas, incluso autor de un breve tomo de versos. Falta una lectura en su condición de autobiógrafo, de lo que me ocuparé, siquiera de modo somero, en estas páginas.

\* \* \*

Una *autobiografía* no es solo el recuento escrito que alguien hace de su propia vida; es, ante todo, un discurso, un modo en el decir, con sus procedimientos, su talante y sus intenciones. Puede conjeturarse que hasta hoy *Al través de mi vida* no se ha empleado sino como una fuente informativa de la vida del autor<sup>2</sup>. De ello, claro, no podemos sustraernos; Gagini habla de sí y de sus circunstancias en un momento de su existencia cuando parece haber hecho un resumen, una evaluación, tanto de su individualidad como de etapas y factores que, en su criterio, fueron significativos y dignos de recordación.

En un estudio ya clásico, el pensador francés Georges Gusdorf señala algunos rasgos esenciales en el escritor autobiográfico<sup>3</sup>. Señala una relación directa entre el valor existencial y conceptual que empezó a otorgársele al individuo, desde el Renacimiento europeo, y con ello una conciencia y un proyecto de individualidad. En su escritura, al sujeto autobiográfico no le basta contemplarse en su condición de individuo en su entorno histórico; se siente original o al menos a ello aspira. No hay, según quien escribe, posibilidad alguna para la ficción o la fantasía; por el contrario, la clave del discurso autobiográfico consiste en que el autor es, al mismo tiempo, narrador y protagonista. Al evocar su pasado desde el presente, con su pluma y papel, procura retomarlos según el orden y sentido que le permite su actualidad; reconstituye y descifra la vida propia en su conjunto. Se reactualiza el pasado para conseguir, desde el presente de la escritura, un sentido.

Una dimensión más histórica es la que Karl Weintraub le suma a las tesis de Gusdorf, veinte años después<sup>4</sup>. Como su antecesor, sitúa el origen de la escritura

---

<sup>2</sup> Una de las primeras muestras es el opúsculo de Carlos Jinesta *Carlos Gagini: vida y obras* (San José: Lehmann, 1936), que sigue muy de cerca los datos extraídos de *Al través de mi vida*, entonces todavía inédito.

<sup>3</sup> Georges Gusdorf, «Conditions et limites de l'autobiographie», en G. Reinckenkron y E. Haase, eds., *Formen der Selbstdarstellung: Analeken zu einer Geschichte des literarischen Selbstportraits* (Berlin: Dunker & Humblot, 1956): 105-123. Uso la traducción de Ángel G. Loureiro, «Condiciones y límites de la autobiografía», en Suplemento *Anthropos* 29 (1991): 9-17.

<sup>4</sup> Karl J. Weintraub, «Autobiography and Historical Consciousness», en *Critical Inquiry* 1, 4 (1975): 821-848. También acudo a la traducción de Ana M. Doras, «Autobiografía y conciencia histórica», en Suplemento *Anthropos* 19 (1991): 18-46.

autobiográfica en el despliegue de la modernidad, aunque señala un período más específico: desde el arranque del siglo XIX, cuando se manifiesta una concepción más palpable y profunda de la comprensión histórica que el ser humano (occidental) asume de su existencia. El autobiógrafo escribe para reflexionar sobre su vida, que la da como importante; su pasado solo significa en función del presente, desde el que impone un orden. El individuo se observa en ese metafórico espejo verbal por diversas razones: la autoexplicación, el autodescubrimiento, la autoafirmación, la autojustificación. Con la exploración de su pasado se responde las razones por las que hoy día es como es, en su presente. Aun más, su concepción del yo es la que condiciona el proceso de escritura.

Si Gusdorf procuró observar las relaciones del escritor con su ejercicio autobiográfico y Weintraub señaló que ese escritor solo podría inmiscuirse en su propia escritura a condición de haber comprendido su estatus como ser histórico y pendiente de su transcurrir, los avances de Philippe Lejeune —casi simultáneos a los de Weintraub— orientan sus reflexiones a otro ámbito del discurso: el del lector; más específicamente, el juego de procedimientos que entran en acción en el circuito semiótico autor / texto / lector<sup>5</sup>. Desde su aparición, el estudio de Lejeune no falta a las citas —casi literalmente— en los debates sobre la escritura autobiográfica, no solo porque pone sobre la mesa el tema de la *credibilidad* de esa clase de páginas, sino también por asomarse a la ambigua distinción entre lo que ha de tomarse por verdadero (histórico) y lo ficcional. Si en la novela convencional el autor está fuera del discurso y lo sustituye la figura del narrador, en la autobiografía no basta con que el autor cuente pasajes o acontecimientos reales de su vida; es imprescindible el asentimiento de quien lee, a modo de validación confiada. ¿Cómo creer en las respectivas *confesiones* de san Agustín o de Rousseau, a las que acude como corpus de trabajo? Pues con una suerte de apretón de manos. El autor es alguien que escribe y publica; se da como un ciudadano responsable que produce un discurso y el lector lo imagina así —lo acepta— a partir de eso escrito, que entonces queda expuesto a la lectura. Al admitirse la existencia del autor, puesto que tiene un *nombre* real y efectivo, y que ese autor se da como idéntico a quien narra los acontecimientos de su vida (es decir, es autor, narrador y personaje), para Lejeune se genera un *pacto autobiográfico*, y todo porque el autor tiene la intención «de hacer honor a su firma». El tema esencial de la autobiografía, cierra Lejeune, es el nombre propio, la vanidad autorial mediante la cual el

---

<sup>5</sup> Phillippe Lejeune, *Le pacte autobiographique* (París: Seuil, 1975). Uso la traducción del primer capítulo, homónimo, hecha por Ángel G. Loureiro, «El pacto autobiográfico», en *Suplemento Anthropos* 9 (1991): 47-61.

autor reivindica su existencia. Al respecto, Jean Starobinski había señalado también ese inevitable juego de relaciones, algunos años antes:

La autobiografía —decía en 1970— no es un género «sometido a reglas»: sin embargo, presupone realizadas algunas condiciones de posibilidad que resultan ser, en primer término, condiciones ideológicas (o culturales): importancia de la experiencia personal y oportunidad de ofrecer su narración sincera a otro. Esta presunción afirma la legitimidad del *yo* y autoriza al sujeto del discurso a plantearse como tema su pasada existencia. Además el *yo* se ve confirmado en función de sujeto permanente por la presencia de su correlativo *tú*, que confiere motivación al discurso<sup>6</sup>.

Unas observaciones de más, sobre unos temas relacionados y de los que también ya se han ocupado los expertos, incluidos los citados en estas páginas. Me refiero a las distinciones que conviene trazar entre la *autobiografía*, las *memorias* y el *diario* (al que con frecuencia se le añade el adjetivo «íntimo»). A primera vista, ¿qué son las páginas de *Al través de mi vida*: unos apuntes al vuelo, unos recuerdos más o menos hilvanados, las memorias de un hombre en su condición de joven estudiante, de pedagogo, de funcionario? No me voy a adelantar excepto en un aspecto: entre las *páginas autobiográficas* —hechas libro o un legajo— y las *memorias* apenas puede haber rasgos que las distinguen con claridad; tema aparte es el *diario*.

Según cierta doxa acumulada, en general cimentada por la experiencia y, por tanto, admisible, las *memorias* suelen ser relatos más o menos cohesionados —no son simples notas o apuntes al paso— en los que el autor cuenta acontecimientos públicos significativos o de incidencia social, en que ha participado o se ha visto envuelto. En menor grado que en la autobiografía, el *protagonista* lo es relativamente; da cuenta de ciertos hechos conocidos por la colectividad —por lo general, de índole política— a los que ha de referirse en cuanto llegaron a afectar o modificar su vida, sus actitudes, sus expectativas. Mientras en la autobiografía el autor dirige la narración, parece que en las memorias los acontecimientos le han conducido su existencia, en cuanto individuo en la sociedad. Dice Weintraub que la mirada del escritor se dirige al ámbito externo, que lo lleva a situarse en ese mundo de acontecimientos en busca de recuerdos significativos. El proyecto autobiográfico es el recuento consciente y con afán ordenador (se narra desde los orígenes hasta la actualidad) de una vida individual, absolutamente conocida por quien escribe y, por tanto, sujeta a su

---

<sup>6</sup> Jean Starobinski, «El estilo de la autobiografía», en *La relación crítica* [1970]. Trad. C. Rodríguez Sanz (Madrid: Taurus, 1974): 70.

voluntad como agente de lo dicho; en cambio, las memorias no podrían ser sino hechos fuera del alcance y control de quien escribe, por lo que su voluntad narrativa se circunscribe a los hechos externos —por decirlo así, lejanos de su fuero interno— de los que da noticia en cuanto causaron ciertos efectos en su vida, aquello que en algo ha dejado marcas en su existencia.

La tercera arista de este triángulo de escrituras relativas al yo, a la primera persona, es el *diario íntimo*. Por su nombre y concepto, dista de cualquier confusión con la autobiografía o las memorias. El diario es eso: el recuento del día a día, no en sucesión cronológica hilvanada según causa y efecto, sino el corte momentáneo, el instante (por extenso que haya sido) de un solo día; por decirlo así, del hoy, de un segmento del transcurrir existencial. Incluso por su morfología verbal, se analoga al semanario (una semana) o al anuario (un año). No se traza una duración, sino una sensación del momento, un estado de ánimo; es la vida en función de un estado actual; la vida se contempla o se interpreta en un momento concreto. Mientras la autobiografía se alimenta del pasado, el diario se nutre del hoy. No se cuenta, pues, una vida; se expone y consigna por escrito una situación específica que por ser tal no se despliega con extensión en el tiempo. Esa brevedad le impide la visión de conjunto a la que quiere acercarse la escritura autobiográfica y que, solo parcialmente, consiguen también las memorias.

\* \* \*

Por los datos disponibles, Carlos Gagini debió de empezar la redacción de *Al través de mi vida* hacia 1917. Aunque no quedó datado el manuscrito —más bien parece inconcluso o abandonado— indica en un aparte que era en 1920 cuando escribía algunos pasajes de su presente de entonces. Es más que probable que el proyecto del escritor era organizar aquellas páginas como libro. En la página final de *Los aborígenes de Costa Rica*<sup>7</sup>, publicado en 1917, se daba cuenta, como era costumbre, de otras obras publicadas por el autor, así como aquellas «en preparación», que seguramente apenas estaba empezando. Aunque no lo puedo asegurar del todo, para esos años la posible publicación de libros autobiográficos habría sido un hecho singular, por no decir inusitado. Según algunos datos documentados hasta ahora, en Costa Rica son pocas y ocasionales las páginas autobiográficas antes de 1920, porque no era lo habitual; es posible también porque los recuerdos, las memorias personales o la vida íntima no se consideraban dignos de

---

<sup>7</sup> Carlos Gagini, *Los aborígenes de Costa Rica* (San José: Imprenta Trejos, 1917).

conocimiento público<sup>8</sup>. No obstante ello, Gagini se decidió a emprender aquellas sus páginas en un momento de su vida cuando se consideró un hombre maduro —para la época, efectivamente una persona ya bien entrada en años— cuyas experiencias vitales las sentía interesantes y, quizá, hasta aleccionadoras.

Dividió su obra en dos partes: la primera, de los años entre 1865 y 1903; la segunda, desde 1904 hasta su actualidad (es decir, 1920). Hace un corte hasta sus 38 años, al que sigue su etapa hasta los 55 años. Aunque tampoco datado, todo el escrito lo abre con un significativo preámbulo: «Al lector», que vale la pena comentar porque Gagini deja entrever dos problemas fundamentales que entraña emprender una autobiografía. Uno: que no puede circunscribirse a la vida de los ilustres o poderosos héroes; el otro: que contar una vida (incluida la propia) no debe evadir los actos o los hechos poco edificantes o ejemplares. Es decir, que señala dos extremos: la figura del héroe y la del pícaro; como si dijésemos, la gloria y el pecado, la hazaña y el error. «Tengo para mí —escribe— que quienes han sido, no actores, sino meros espectadores de los acontecimientos pueden juzgarlos, ya que no con la amplitud y elevación de los que en ellos figuraron, sí con más imparcialidad y menos reticencias»<sup>9</sup>. Es lo que observaría treinta y cinco años después, ya en plan más teórico, el filósofo Gusdorf: que el autor de la autobiografía se considera el mejor y más privilegiado testimonio de sí mismo; aclara situaciones, malentendidos, con el propósito, quizá vano, de restituir una verdad todavía difusa o incompleta. Gagini, además, había añadido otro componente argumentativo: cuenta con testigos que avalarán lo dicho: «Si mi relación pareciera enfadosa a muchos, estoy seguro de que será leída con agrado por quienes fueron mis condiscípulos en las escuelas y en el colegio, en cuya memoria están vivas aún las emociones y diabluras de aquellos felices tiempos. A ellos, y no al público, dedico este libro»<sup>10</sup>.

Gagini empieza a contar su vida como suele hacerse: algunos recuerdos de su infancia. Es muy notable, a lo largo del libro, que nuestro escritor nunca se refiere a sus padres por su nombre; siempre alude a cada cual como «mi padre», «mi madre»; en cambio, con frecuencia se refiere a sus primos y sus tíos, de la rama materna, como «mi tío

---

<sup>8</sup> En el momento en que redacto estas páginas, habría que mencionar dos: uno titulado «El itinerario» que Roberto Brenes Mesén fechó en 1918, a petición de Joaquín García Monge, pero que no se publicó hasta 1947, en *Repertorio Americano* XLIII, 2 (1947): 21-16. El otro es un manuscrito que logró rescatar el profesor Constantino Láscaris, en 1964, de Valeriano Fernández Ferraz, titulado «Recuerdos de la vida y errores de un profesor trashumante», escritos entre 1917 y 1920. Vid. *Revista de Filosofía* (Universidad de Costa Rica) IV,14 (1964): 227-252.

<sup>9</sup> Gagini, *Al través de mi vida*, p. 22.

<sup>10</sup> Gagini, *loc cit.*

Ramón Chavarría», «mi tía Juanita Acuña», «mi primo Nicolás Chavarría», «mi primo José Ramón Chavarría», etc. Por otras fuentes, sabemos que su padre fue un connotado empresario de la construcción, de origen suizo, que recaló en Costa Rica a mediados del siglo XIX: Pietro Gagini Traversa quien se casó con la costarricense Emerenciana Chavarría Díez-Dobles, la madre del escritor. Aunque los describe una y otra vez con afecto filial, ¿por qué no consignó sus nombres en un escrito tan esencialmente atado a su vida privada? El incipit es más bien elusivo: «Nací en la casa de mis abuelos —la misma que ocupa aún la familia de mi tío Ramón Chavarría— el 15 de mayo (quinto mes del año) de 1865»<sup>11</sup>. En contrapartida, es prolijo en mencionar a vecinos, amigos, parientes, incluidos algunos allegados a la familia, así como a sus primeros maestros de infancia.

Aunque en toda autobiografía su autor busca señalar y rescatar su notoriedad —por modesta que haya sido para otros—, que lo sitúa en cierta medida en la condición de héroe del relato, también deja abierta la opción de abrir la corriente narrativa al espacio del antihéroe; es decir, a la figura que admite y expone lo censurable, el error, incluso el pecado<sup>12</sup>. Vistos con distancia, Gagini tomó aquellos episodios como «diabluras», si bien en no pocos casos fueron la causa de castigos, remordimientos y delaciones. Si ser muy original en sus apreciaciones, para él la etapa de su infancia y de su adolescencia en su conjunto fue de aprendizaje y de aventura. Relata con innegable vanidad sus méritos naturales, como aventajado estudiante, como amigo solidario y como joven respetuoso de sus mayores, así como de enamoradizo, sobre todo de mujeres mayores que él, además de audaz y respondón ante las agresiones y peligros, cuando había sido el caso. Estaba consciente de que aquella formación temprana del individuo también incluía fracasos, desencantos y peligros, fuesen achacables a su propia personalidad o a las circunstancias que lo rodeaban. Desde su madurez retomó y evaluó al que fue su personaje niño o adolescente, y juzga los hechos; a veces con una leve sonrisa, otras con desazón. No hay que olvidar que Gagini contaba con algunos conocimientos de psicología, que pudieron haber contribuido, de manera indirecta, en la redacción de sus páginas autobiográficas<sup>13</sup>. No hay en *Al través de mi vida* ocultamientos ni disimulos cuando relata episodios «antiheroicos», incluso torvos; desde sus travesuras que llegaron a acongojar a sus padres,

---

<sup>11</sup> Gagini, *Al través...*, 23.

<sup>12</sup> Habrá que tener en cuenta que la *confesión* es una modalidad autobiográfica. Al respecto, de nuevo son oportunas las consideraciones de Gusdorf y de Weintraub, quienes se refieren a las de san Agustín y a las de Rousseau.

<sup>13</sup> Fue autor de unas *Nociones de psicología* (San José: Imprenta del Comercio, 1911), para uso de sus alumnos.

hasta pasajes y situaciones que pudieron acarrear graves consecuencias. Baste el siguiente pasaje:

De carácter en extremo violento, me enloquecía de tal modo cuando me provocaban, que habría sido capaz de cometer cualquier atrocidad. Una vez, porque un criado viejo no quiso lustrar mis zapatos primero que los otros, le amenacé con pegarle un tiro; y como él sonrió con cierto desdén, cogí del escritorio de mi padre un revólver y el pobre hombre, amedrentado, me obedeció al punto<sup>14</sup>.

No parece exagerado ese episodio; en seguida añade: «Tal atentado de homicidio me costó un día de cama». Al pecado sigue la penitencia; después del crimen, el castigo.

Los logros y las adversidades no solo fueron parte de aquella edad —es decir, hacia la pubertad y la tardía adolescencia— que los tomó como agentes de su temperamento, sino además guías para etapas posteriores de su vida. Expresa su repugnancia por los actos de traición o deslealtad, fuese entre sus condiscípulos, de estos contra sus maestros, o de los maestros entre sí (en particular, los de jerarcas contra los buenos profesores), pero reconoce que el rigor, el autoritarismo y la disciplina a los que aquellos jóvenes de entonces habían de someterse tenían su razón de ser; total, el colegio o el instituto procuraban formar ciudadanos ejemplares, más allá de que esa ejemplaridad pudiesen aceptarla, con su edad, los estudiantes. Se refiere, sin reparo alguno para elogiarlos con respeto, a sus profesores, aun cuando con el tiempo y nuevas condiciones posteriores lo llevaran a algunos enfrentamientos y discrepancias, en su propia condición de maestro, de director o de inspector. Como autobiógrafo, Gagini tiene conciencia no solo del significado que los cambios históricos ejercían sobre su propia individualidad, sino también porque nadie más que ese individuo en formación debía afrontar, con las armas de su conciencia, junto a las limitaciones o ventajas de su propia clase social. Es decir, que en sus páginas se perfila quien escribe, no sujeto del todo a sus aspiraciones y deseos, sino a quien al mirarse ante un espejo se percata, además, de aquello que se refleja tras su rostro. Su conciencia de la temporalidad lo lleva a un tópico que, no por tal, es rasgo definitorio en la pluma del autobiógrafo. Rendidos los exámenes finales de su bachillerato, a sus 16 años, cierra así el capítulo: «¡Qué felices nos sentíamos! Pero otro día pensamos con tristeza que ya no volveríamos al colegio; sus puertas se habían cerrado detrás de nosotros y se abrían las del mundo, de un mundo desconocido, lleno de espinas y de precipicios. Habíamos dejado de

---

<sup>14</sup> Gagini, *Al través...*, 44.

ser niños y comenzábamos a ser hombres»<sup>15</sup>. Estamos ante el proceso esencial en la escritura autobiográfica: el tema principal es la génesis de la personalidad (Lejeune); no «quién fui» sino «por qué soy lo que soy». Lo observa con precisión Starobinski:

Solo se puede evocar el pasado a partir del presente: la «verdad» de los días pasados existe solo para la conciencia que, al recoger su imagen en la actualidad, no puede dejar de imponerse su forma y su estilo. Toda autobiografía, aunque se ciña a pura narración, es una autointerpretación<sup>16</sup>.

El autobiógrafo dio el paso siguiente en procura tanto de su independencia espiritual como económica. A su padre no le hacía gracia alguna que se dedicara a la enseñanza; «eso no ofrece ningún porvenir —le dijo— y acabarás por ser empleado público, la mayor de las desgracias»<sup>17</sup>. Era la opinión de un empresario, acostumbrado a la libertad y a las decisiones propias, sin sujeción a mandos ni a órdenes superiores. El joven Gagini intentó con la Ingeniería pero muy pronto desistió; lo suyo era el ejercicio docente, que entonces se podía llevar adelante en varias especialidades: la gramática, las lenguas clásicas, la literatura, la psicología, la historia. A todo se dedicó el joven profesor y a algo más: a la administración educativa. Para nosotros, los lectores de hoy, no dejan de despertar interés —entre la curiosidad y la sorpresa quizá— las menciones que hace el ya profesor Gagini a sus colegas del Instituto, o bien a sus discípulos, pues no pocos de ellos serían, para nuestra historiografía literaria actual, nombres conocidos y connotados. Trató directamente, como sus colegas o como amigos, a Valeriano Fernández Ferraz (su profesor), al músico Pilar Jiménez, a Cleto González Víquez, a Ricardo Jiménez Oreamuno, a Manuel González Zeledón, a Antonio Zambrana, a Aquileo J. Echeverría, a Lisímaco Chavarría, a Ricardo Fernández Guardia, a Mauro Fernández (su primo), a Miguel Obregón Lizano, a Salvador Jiménez Blanco, a Lorenzo Montúfar, a Manuel Argüello de Vars. En sus aulas, tuvo como estudiantes a quienes también harían una carrera intelectual y literaria de innegable significado para las letras nacionales: Elías Jiménez Rojas, Roberto Brenes Mesén («mi predilecto discípulo»), Víctor Guardia Quirós, Alejandro Alvarado Quirós, María Isabel Carvajal (Carmen Lyra), Gregorio Martín Carranza, Fabio Baudrit, Modesto Martínez, Leonidas Briceño, Joaquín García Monge, Teodoro (Yoyo) Quirós, Rubén Coto. Si no una pléyade, un segmento de quienes constituirían luego, con la acción

---

<sup>15</sup> Gagini, *Al través...*, 72.

<sup>16</sup> Starobinski, «El estilo de la autobiografía», 67.

<sup>17</sup> Gagini, *Al través...*, 73.

de la crítica y la historiografía posteriores, el canon de los *clásicos* costarricenses de la mitad del siglo XX<sup>18</sup>.

El gesto del autobiógrafo Gagini ante la realidad del pasado que evoca y del presente cuando escribe corresponde a su afirmación *ante* el mundo o, más precisamente, *dentro* de ese mundo, al mismo tiempo cargado de sorpresas y conflictos, que afrontó con las interrogantes de quien rememora entre la profusión de los acontecimientos. En efecto, el hombre cincuentón que se sienta a escribir trata de encontrarle algún sentido a lo que elige —una hazaña, un desencuentro, un logro— para ofrecerle un nuevo orden al lector, al que se dirige expresamente en dos o tres ocasiones. Conforme avanza en su relato, en el autobiógrafo aumentan sus declaraciones de respeto y consideración a quienes lo merecen: sus antiguos maestros (Fernández Ferraz, por ejemplo), quienes han sido sus superiores (directores, inspectores, ministros, el presidente de la República), sus discípulos o alumnos distinguidos, o bien personajes que por su arrojo y por sus principios éticos demostraron valía y consideración. Ya no son los temores o las incertidumbres del niño, al cabo aprendiz de la vida, sino el joven ciudadano que con conciencia de los hechos contrae compromisos y adopta posiciones.

Toda la primera parte, dedicada a la infancia, al hogar, a la juventud, a los estudios de ingeniería, hasta sus primeros escauceos como joven adulto, es un ejercicio de reflexión y evolución desde la distancia temporal. En rigor, es cuando el autobiógrafo ve en aquel joven Gagini el protagonista de un aprendizaje. Su autor cierra esa primera parte con una somera crónica, no exenta de interés, de su paso como director del Liceo de Costa Rica, entonces la más prestigiosa institución educativa del país. Se estaba en las postrimerías del siglo XIX y muchos acontecimientos políticos le esperaban a la nación con el paso al nuevo siglo. El autobiógrafo empieza a asomarse a la ventana, primero con sorpresa y perplejidad, luego como saliendo a las calles, blandiendo ideas y convicciones propias que lo llevaron a no pocos enfrentamientos con el sistema, desde su condición de funcionario público. A propósito de ciertas discrepancias que en cuanto al manejo de la administración educativa brotaron con el mismísimo presidente de la República, escribe Gagini:

---

<sup>18</sup> Varios de esos nombres y otros que menciona en otras páginas, y el del propio Gagini, llegaron a integrar el grupo fundador de la Academia Costarricense de la Lengua: Cleto González Víquez, Ricardo Jiménez Oreamuno, Justo A. Facio, Ricardo Fernández Guardia, Roberto Brenes Mesén, Alejandro Alvarado Quirós, Gregorio Martín Carranza, Ernesto Martín Carranza y Joaquín García Monge.

A pesar de la admiración que por él [el presidente Rafael Yglesias] sentía y de las atenciones de que por parte suya fui objeto, no voté por él en ninguno de sus períodos. Señaba yo para mi patria con un gobierno de democracia y de libertad, dirigido no por la voluntad de un solo hombre, sino por la opinión pública [...] Yo heredé de mi padre —hijo de la más libre de las repúblicas— un amor a la independencia, a la libertad y a la patria que los muchos años de sujeción administrativa no han conseguido hacer desaparecer<sup>19</sup>.

Desconsolado y decepcionado por el enrarecido ambiente político de su país, que tantos obstáculos le puso a su gestión educativa, Gagini aceptó la invitación del gobierno de El Salvador para fundar allí un liceo en la ciudad de Santa Ana. Allí permaneció entre 1904 y 1907. Presidía ese país Pedro José Escalón, pero todavía estaba activo un singular caudillo y militar que había sido pocos años antes presidente de la República, el general Tomás Regalado, a quien Gagini trató personalmente en algunas ocasiones. Esto, más que anecdótico, situó a nuestro en el verdadero escenario político centroamericano y la barahúnda de intrigas, amenazas, componendas y riesgos efectivos a la integridad de cualquier habitante, y muy principalmente a los dos extremos del escenario social de un pequeño país: los proyectos de modernización cultural y científico, de parte de los dirigentes de la burguesía terrateniente, y una deplorable miseria de la población, marginada y explotada. Era una realidad palpable que tuvo que afrontar como pudo aquel voluntarioso educador costarricense. Hizo lo que pudo, sin más. En 1908 regresó a Costa Rica y poco después se encargó de la subsecretaría [viceministerio] de Instrucción Pública.

Dejando a un lado los innegables méritos de la labor pedagógica de Gagini en El Salvador, a los que habría que sumar los de su posterior regreso a Costa Rica, ¿cómo ve el escritor autobiográfico los acontecimientos recopilados —o, más bien, recuperados— en las páginas que salían de su pluma en el hoy inmediato? Con una y otra relecturas de *Al través de mi vida* se muestra el paso de una conciencia de la realidad como descubrimiento y aprendizaje (la infancia, la juventud) a otro más bien analítico y activo; el que antes fue un estudiante sujeto al deber y a las normas establecidas —de lo que más habla en su escrito— se fue convirtiendo con los años en participación y acción; es decir, en conciencia del compromiso y con deberes por cumplir desde su relativa independencia del ciudadano adulto. Gagini hace hincapié en su espíritu libre de estrujamientos en materia ética, intelectual o profesional, lo que le valió en ocasiones enojosos y amargos encaramientos, incluidos con quienes fueron amigos, colegas y discípulos. Esa especie de curva abierta

---

<sup>19</sup> Gagini, *Al través...*, pp. 132-133.

desde el aprendizaje a la acción (desde la infancia a la adultez) constituye el «plan autobiográfico» en la pluma de Gagini; es el espacio de su conciencia del mundo amparado a los hechos vistos, padecidos o propiciados, no tanto una relación de acontecimientos más o menos llamativos.

Del mismo modo que no mencionó los nombres de sus padres, debe llamar la atención que Gagini apenas se refiere a su condición de escritor, incluida la de autor de importantes estudios gramaticales y lexicográficos. Naturalmente, cita por aquí y por allá sus manuales y tratados, por haber sido parte de su labor pedagógica: una gramática castellana, dos novelitas<sup>20</sup>, su diccionario de barbarismos y algunas breves obras teatrales. Antes de 1920 ya había publicado una obra literaria de considerable valor y reconocida por sus contemporáneos: *Chamarasca*, *El marqués de Talamanca*, *Cuentos grises*, *El árbol enfermo* y *La ciencia y la metafísica*. Con toda seguridad, tendría en prensa *La caída del águila* y *La sirena*; además, en 1919 ya estaba impresa su emblemática obra filológica, el *Diccionario de costarriqueñismos*. Sí se refiere a sus frecuentes y numerosos artículos en la prensa y en revistas, además de los informes periódicos que debía rendir ante los despachos del Estado. Nunca se vio, agreguemos, como poeta de mérito. Algunos testimonios de la época hablan de su renuencia, más parecida a la desconfianza, a los honores y reconocimientos públicos; al parecer, no era persona que esperaría recompensas ni medallas. Imposible saber si era naturalmente modesto o tímido; sus páginas autobiográficas no lo muestran así, mas sí parece que no exageraba el estatus social del escritor (el novelista, el poeta, el dramaturgo), como tal vez algunos de sus coetáneos lo hacían. No obstante, es visible en su discurso autobiográfico un rasgo medular: la constitución del yo como sujeto a la historia, por encima de plantarse como excepcionalidad y mucho menos con los aires del héroe o del victorioso. Ya lo hemos señalado: también está el pícaro, el iracundo, el retador, el culpable o el desacertado.

\* \* \*

No cabe ya preguntarse si *Al través de mi vida* es una autobiografía o unas memorias, según lo expuesto páginas atrás. Son lo uno y lo otro, no solo por la

---

<sup>20</sup> Gagini menciona *El duende del encinar* y *Elisa*, publicada esta por entregas, aunque inconclusa, al parecer. Al momento en que redacto estas páginas no he tenido acceso a ninguno de esos documentos. También hay noticia posterior de otra novela, *El erizo* [sobre esto buscar más información]. Los primeros capítulos de *Elisa* aparecen en *Diario Costarricense*, entre el 1 de mayo y el 10 de junio de 1888.

imposibilidad de distinguir con total precisión entre ambas modalidades, sino porque el propio Gagini fue descubriendo, a medida que redactaba su libro, que el mundo interior es inseparable del exterior; por decirlo así, el de las calles. No se le puede pedir cuentas a Gagini sobre la índole de todo lo que relata; no fue ni de lejos su propósito. Sin embargo, algunas ideas sueltas a lo largo de su trabajo nos advierten que como autobiógrafo utilizaba ciertas ideas que «adelantaban» conceptos teóricos esenciales, como los señalados mucho tiempo después y en contextos muy distintos por Gusdorf, Starobinski o Lejeune, por citar a los mencionados aquí. Tenemos que concordar con Gagini: el discurso autobiográfico no se reduce a escribir en primera persona sino mostrar al yo en su transcurrir y, por lo mismo, en sus cambios sin perspectiva definida. El autógrafo no cuenta un proyecto de vida, sino tan solo ciertos resultados y consecuencias de su devenir que se subsume en la historia. Leamos el siguiente pasaje del Gagini autobiógrafo:

Registrando con la lente de los recuerdos hasta los últimos repliegues de mi alma infantil, puedo hoy estudiar mi psicología con la imparcialidad e indiferencia del médico que hace una preparación anatómica. La pretendida unidad del yo no es más que un resabio de la antigua escolástica, pues en el individuo hay tantas personas diferentes como edades. El joven se ríe de las tonterías que hizo y dijo cuando niño; y el anciano suspira al pensar que del ardor, entusiasmo e ilusiones juveniles no queda más que la ceniza y a veces ni aun eso<sup>21</sup>.

Aunque debí ocuparme del tema al principio y no para cerrar mis observaciones sobre este escrito de Gagini, fijemos por unos instantes la atención en el título. A primera vista, es simple y didáctico, pero al repasarlo deja escapar alguna ambigüedad. La locución «al través de» (o, lo que es lo mismo, «a través de») evoca imágenes sensoriales como la luz que pasa a través de un cristal, una aguja que se inserta a través de un tejido de algodón o lana, un riachuelo que se desplaza a través de un prado o de una huerta. ¿Fue la multitud de acontecimientos los que atravesaron la vida de nuestro sujeto narrador y que determinaron su existencia, o quiso decir que más bien fue su vida misma la que atravesó las circunstancias, la que transitó con ellas, sobre ellas, incluso contra ellas?; ¿su vida al través, quizá?; ¿una vida atravesada por la historia o la travesía en ella de una vida?

Como ocurre en el discurso autobiográfico, Gagini no se «inventa» como personaje de la narración. Se reconstituye desde el infante y del joven que recuerda haber sido,

---

<sup>21</sup> Gagini, *Al través...*, 43-44.

destaca episodios que para el escritor de 55 años todavía le parecían significativos y reordena los datos en aquel legajo de unos doscientos folios manuscritos. Aunque había ejemplos entre los clásicos europeos, las autobiografías no eran lo habitual en Hispanoamérica, excepción hecha de aquellas concebidas como ejercicio literario, donde las fronteras entre lo real y lo ficcional son difusas y, con ello, deliberadamente ambiguas. Todo hace pensar en que Gagini separa con claridad su condición de escritor de literatura, de metódico autor de obras de pensamiento, de gramático, de articulista de temas de actualidad (en revistas y periódicos) y, para el caso que nos ha ocupado aquí, de redactor de su autobiografía. Una vez más, no debe sorprender que un individuo dotado de tan variados registros lingüísticos tuviese plena conciencia del ejercicio de la escritura. No era un notario con su manual de cartulación; tampoco un escribidor de frases hechas ni de sermones al uso. Esa conciencia de la escritura es un rasgo moderno, particularmente aplicable al desarrollo de la literatura costarricense de principios del siglo XX. Sus propios estudios lexicográficos generales y sobre el español de Costa Rica, así como las polémicas que había protagonizado sobre los modelos de expresión y temas en la literatura nacional, forman parte de un lento pero ya hoy día visible proceso de configuración de los nuevos espacios para la escritura.

Siempre quedarán flotando otros asuntos por discutir y dilucidar a propósito de la autobiografía como discurso. Si el escritor, como parece el caso de Gagini, desarrolla sus páginas con un grado de conciencia de la escritura, ¿será posible considerar que en la autobiografía puede haber cierta capacidad literaria; es decir, una voluntad estética? Tratándose de autores como Gagini, nimbados en su condición de escritores —creadores de arte literario—, ¿cómo pasar por alto que bajo tales condiciones su autobiografía roza el acto estético de escribir? En último término: ¿cabe tomar la autobiografía como un género discursivo, con sus especificaciones y latencias? En los prolegómenos a su ensayo «La autobiografía como desfiguración», Paul de Man explica:

Dado que el concepto de género designa una función estética y una función histórica, lo que está en juego es no solo la distancia que protege al autor autobiográfico de su experiencia, sino también la posible convergencia de estética e historia. La inversión entra en juego en tal convergencia, especialmente cuando se trata de la autobiografía, es considerable. Al convertir la autobiografía en un género, se la eleva por encima de la categoría literaria del

mero reportaje, la crónica o la memoria, y se le hace un sitio, aunque modesto, entre las jerarquías canónicas de los géneros literarios mayores<sup>22</sup>.

No fue sino hasta quince o veinte años después de la escritura de *Al través de mi vida* cuando las memorias, las crónicas personales, las breves notas autobiográficas, incluso los relatos y novelas «con aires» de autobiografía se empezaron a escribir y a publicar en Costa Rica, mientras el escrito de Gagini permanecía guardado entre otros tantos papeles que dejó su autor. Por tanto, no fue el iniciador «público» de esa escritura, pero es dable pensar que ya había condiciones, hacia 1920, para su aparición y desarrollo en Costa Rica, no tanto como género literario sino, en nuestra terminología actual, como género discursivo. Decía al principio de estas páginas que ha hecho falta una lectura de Gagini como autobiógrafo; habría que agregar ahora que para hacerle más justicia, se le debe considerar en el cosmos de múltiples relaciones y subsistemas que constituyen su obra total (incluidos, naturalmente, los documentos aún inéditos que se conservan); un universo que enlaza los temas políticos de sus novelas y la descripción de las comunidades precolombinas de nuestro territorio; las propuestas pedagógicas para la enseñanza de la lengua materna y sus anotaciones elementales de psicología; la defensa del nacionalismo en la literatura y su diccionario de costarriqueñismos; el mundo de la pequeña burguesía agroexportadora, en sus numerosos relatos, y los manuales de lecto-escritura dirigidos a los párvulos de entonces. En Costa Rica son pocos los escritores, hasta hoy día, que han hecho una obra tan variada y tan vasta en su medio cultural, editorial y librero. Siendo el espejo de sí mismo, sus páginas autobiográficas se suman a ese cosmos, casi sistema planetario, que al mismo tiempo habla de un individuo y de una colectividad, en una búsqueda —siempre vana— de unidad y de plena justificación.

*Los Lagos, a 7 de enero de 2025*

---

<sup>22</sup> Paul de Man, «Autobiography as De-Facement», en *The Rethoric of Romanticism* (Nueva York: Columbia University Press, 1984): 67-81. Uso la traducción de Ángel G. Loureiro, «La autobiografía como desfiguración», que ofrece en el Suplemento *Anthropos* 9 (1991): 113-118.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Brenes Mesén, Roberto. «El itinerario». *Repertorio Americano* XLIII, 2 (1947): 21-26.
- De Man, Paul. «Autobiography as De-Facement», en *The Rhetoric of Romanticism*, 67-81. Nueva York: Columbia University Press, 1984. Trad. Ángel G. Loureiro, «La autobiografía como desfiguración», que ofrece en el Suplemento *Anthropos* 9 (1991): 113-118.
- Fernández Ferraz, Valeriano. «Recuerdos de la vida y errores de un profesor trashumante». *Revista de Filosofía* (Universidad de Costa Rica) IV, 14 (1964): 227-252.
- Gagini, Carlos. *Nociones de psicología*. San José: Imprenta del Comercio, 1911.
- Gagini, Carlos. *Los aborígenes de Costa Rica*. San José: Imprenta Trejos, 1917.
- Gagini, Carlos. *Al través de mi vida*. Pról. Lilia Ramos. San José: Editorial Costa Rica, 1961.
- Gusdorf, Georges. «Conditions et limites de l'autobiographie», en G. Reinckenkron y E. Haase, eds., *Formen der Selbstdarstellung: Analeken zu einer Geschichte des literarischen Selbstportraits*. Berlin: Dunker & Humblot, 1956): 105-123. Trad. Ángel G. Loureiro, «Condiciones y límites de la autobiografía», en Suplemento *Anthropos* 29 (1991): 9-17.
- Jinesta, Carlos. *Carlos Gagini: vida y obras*. San José: Lehmann, 1936.
- Lejeune, Phillippe. *Le pacte autobiographique*. París: Seuil, 1975. Trad. Ángel G. Loureiro, «El pacto autobiográfico», en Suplemento *Anthropos* 9 (1991): 47-61.
- Starobinski, Jean. «El estilo de la autobiografía», en *La relación crítica* [1970]. Trad. C. Rodríguez Sanz (Madrid: Taurus, 1974): 70.
- Weintraub, Karl J., «Autobiography and Historical Consciousness», en *Critical Inquiry* I, 4 (1975): 821-848. Trad. Ana M. Doras, «Autobiografía y conciencia histórica», en Suplemento *Anthropos* 19 (1991): 18-46.

## BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Álvarez Sanagustín, Alberto. «Discurso histórico, autobiografía y ficción literaria». En M. A. Garrido Gallardo y E. Frechilla Díaz, eds. *Teoría/crítica. Homenaje a la profesora Carmen Bobes Naves*, editado por M. A. Garrido Gallardo y E. Frenchilla Díaz, 79-88. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.

- Arfuch, Leonor. *Memoria y autobiografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Morales T[oro], Leonidas. «Memoria y géneros autobiográficos». *Anales de Literatura Chilena* XIV, 19 (2013): 13-24.
- Olney, James, ed. *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. Princeton Nueva Jersey: Princeton University Press, 1980.
- Rodríguez, Francisco. «El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial». *Revista de Filología y Lingüística* (Universidad de Costa Rica) XXXVI, 2 (2000): 9-24.
- Vivero García, María Dolores. «El discurso autobiográfico: ideología de la transparencia y mito de la autenticidad». *Thélème* (Universidad Complutense de Madrid) 17 (2002): 283-293.